

PRESENTACIÓN¹

SALVADOR BERNABÉU ALBERT

EEHA, CSIC

La historia se cansa de no tener
ni rostro ni sabor
Bernard Guénéé

La reconstrucción de la vida de personas corrientes o encumbradas ha tenido un largo y exitoso camino en el mundo historiográfico desde las obras de Salustio, Plutarco y Suetonio. Citando tiempos y autores más recientes, podemos recordar el delicioso libro de Eileen Power, *Gente medieval*, editado originalmente en 1924, en cuyo prefacio señala «que la historia social se presta mucho a lo que podemos denominar *tratamiento personal*, y que el pasado volverá a vivir para el lector corriente si lo personificamos en lugar de presentarlo en forma de doctos tratados»². La historiadora inglesa buscó con su galería de hombres y mujeres que vivieron en la Edad Media acercarse a los esfuerzos y las pasiones de los seres de carne y hueso como forma de ilustrar aspectos de la vida social que en ocasiones quedaban marginados en otros estudios generales.

El enfoque de Power, de gran éxito editorial, fue continuado por historiadores de diferentes generaciones y latitudes. Las nuevas apuestas historiográficas (antropología histórica, mentalidades, historia de los marginales, la microhistoria, las sensibilidades, la nueva historia política, el auge de las biografías, etcétera) han multiplicado los libros y artículos sobre personas más o

¹ Este monográfico se enmarca en el Proyecto «Las fronteras y sus ciudades: herencias, experiencias y mestizajes en los márgenes del imperio hispánico (ss. XVI-XVIII)», Ministerio de Ciencia y Tecnología, HUM2007-64126. Los ocho artículos que lo componen están dedicados a hombres. La única razón es la preparación de un próximo dossier dedicado a las mujeres norteamericanas en el *Anuario de Estudios Americanos*, revista americanista también perteneciente al Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

² Power, 1987, 11.

menos desconocidas, contribuyendo a ello el éxito de personajes como Menocchio, el informado molinero de Friule que protagoniza *El queso y los gusanos*, el escurridizo Martín Guerre, el comerciante Samuel Pallache, un hombre entre tres culturas que nos descubrieron Mercedes García-Arenal y Gerard Wieggers en un sorprendente libro, o la larga galería de personajes que hoy conocemos gracias a la paciente labor de Arlette Farge en los archivos franceses.

Son numerosos los historiadores que siguen apostando por las manifestaciones de la singularidad en algún momento de su quehacer, pero con un tratamiento más reflexivo y buscando contextualizar la historia individual en las experiencias colectivas. Desde mediados de la década de 1980, el auge del género biográfico en todas las ciencias humanas ha contribuido a legitimar un nuevo culto a las vidas singulares, ya no sólo de grandes personajes con contribuciones decisivas para la humanidad, sino también de vidas corrientes, de personajes más o menos anónimos que apenas dejaron huellas de su paso por este mundo. Éstos se han convertido en objetos dignos de reflexión gracias, según François Dosse, «a su complejidad y la imposibilidad de reducirlos a esquemas mecánicos»³.

La historia de este principio de siglo ha aceptado sin reservas el estudio de las lógicas singulares de los individuos —lo «excepcional normal» que bautizara Eduardo Grendi—, personajes cuyos comportamientos rebelan actitudes y valores ampliamente difundidos en una época. Escribir una vida puede ser un ejercicio privilegiado para reconstruir un tiempo y una sociedad, con sus esperanzas y sus miedos, sus formas de vida y los diferentes modos de imaginar y representar la realidad y el más allá, pues como señalara Walter Benjamin, en «una vida cabe una época entera».

El análisis de los diferentes individuos que protagonizan los artículos que componen este monográfico, el estudio de estos nombres propios, abre nuevas vías al conocimiento del Gran Norte de México, pues lo que se busca es incluir al personaje en su tejido social y reconstruir, gracias a su trayectoria vital, el contexto histórico.

Contrastando con otras regiones americanas, los estudios sobre hombres y mujeres que vivieron y, en muchos casos, murieron en el Septentrión Novohispano no son frecuentes, si exceptuamos a los pioneros exploradores, a destacados gobernadores, a los mártires misionales y a algún que otro obispo, visitador, militar o viajero que, en casi todos los casos, han dejado para la posteridad uno o varios documentos de entidad, ya sea una relación, un diario o un informe detallado sobre temáticas política, científica o religiosa. En estos casos, los

³ Dosse, 2007: 408.

estudios biográficos sirven de introducción a la edición del texto, poniendo el acento en los acontecimientos relacionados con él. Junto a estas publicaciones, el mundo biográfico norteño se ha alimentado de los expedientes generados por las numerosas rebeliones indias y los ataques sistemáticos sobre las misiones, presidios y haciendas a lo largo de todo el periodo colonial. Esta documentación oficial ha permitido abordar la vida de varios dirigentes indígenas, desterrando las generalizadas descripciones de los chichimecas y otros pueblos indios, llenas de estereotipos y de rasgos negativos⁴.

Otra fuente privilegiada para conocer las vidas norteñas son los procesos inquisitoriales. A pesar de la cautela metodológica sobre la validez de sus informaciones, que autores como Ricardo García Cárcel han subrayado⁵, los interrogatorios e informaciones, contrastadas con otras fuentes, han permitido sacar del anonimato a numerosas personas que, sin estos procesos, hubieran desaparecido entre los intrincados caminos del Norte⁶.

Hoy ya podemos afirmar que el Gran Norte de México ha despertado. La multiplicación de institutos, universidades y centros de investigación, sumado a los cientos de documentos catalogados y puestos a disposición de los investigadores, que caracterizaron los últimos decenios del siglo pasado, están dando sus frutos en esta nueva centuria, llamada a situar la historia del Septentrión al mismo nivel que la de otras regiones norteamericanas. Los dinámicos grupos que actualmente analizan el mundo de los chichimecas o el impacto de las reformas borbónicas contrastan con el trabajo en solitario de los cronistas e historiadores pioneros del siglo pasado. A pesar de esta eclosión, de esta «fiebre norteña», hay que remarcar las dificultades con las que se topan sus investigadores: la desaparición o dispersión de miles de documentos por la desidia, el clima o las guerras; el rezago en medios y el problema de la discontinuidad de muchas fuentes. A ello hay que agregarle la inmensidad del espacio en donde se movían los hombres y mujeres del Norte y la tendencia secular de abordar el pasado desde el centro de la nación.

Estos problemas los comparte el Gran Norte con otras fronteras americanas, cuyos estudiosos han logrado superar las limitaciones y desvelarnos la vida de algunos de sus habitantes. A modo de ejemplo, citaré el libro de James A. Clifton (ed.), *Being and Becoming Indian. Biographical Studies of North American Frontiers* (Chicago, The Dorsey Press, 1989), donde se analizan

⁴ A modo de ejemplo, remito al estudio dedicado por José Luis Mirafuentes al dirigente indio Luis de Sáric (Mirafuentes, 1992).

⁵ García Cárcel, 2003.

⁶ Véase, por ejemplo, Deeds, 2003. También remito a mi trabajo sobre el bigamo José Antonio Cortés, Bernabéu, 1994.

las vidas de seis personas: tres descendientes de indio-americanos y tres de euro-americanos, en un gran espacio geográfico (de la isla Baffin a Texas) y una larga temporalidad: del siglo XVIII al presente. Los diferentes autores han escogido vidas marginales, caracterizadas por su bi-culturalismo, pues se mueven entre los pueblos indios y las sociedades euro-americanas. Otro importante libro colectivo es el editado por el profesor argentino Raúl J. Mandrini (ed.), *Vivir entre dos mundos. Conflictos y convivencia en las fronteras del Sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX* (Buenos Aires, Taurus, 2006), dedicado a estudiar las biografías de doce personas que vivieron, en los siglos XVIII y XIX, a caballo entre la sociedad indígena y la hispano-criolla. En las páginas del libro se encadenan historias de cautivos blancos, indios amigos o inmigrantes europeos que decidieron vivir en las desoladas regiones del sur argentino. Una colección de biografías donde se subrayan las relaciones sociales y la indefinición jurídica de las fronteras. Estimulantes y eruditos, ambos libros nos han servido de ejemplo para confeccionar el presente monográfico.

Los ocho artículos que siguen a esta presentación están dedicados al mundo fronterizo que se conformó desde mediados del siglo XVI hasta la independencia de México, territorio inmenso, de límites poco definidos, que fue paulatinamente recorrido, conquistado y colonizado por españoles peninsulares y criollos, indios ladinos y mestizos en una marcha imparable hacia el Septentrión. Esta voluntad de expandirse no fue homogénea ni en el tiempo ni en el espacio, apareciendo en los documentos y las crónicas del territorio vacilaciones, olvidos, traslados y refundaciones de villas, reales, presidios, haciendas y misiones. Una constante de estos territorios fueron los enfrentamientos violentos, los asaltos y la destrucción entre los chichimecas y los colonizadores, aunque también hubo intercambios, relaciones de todo tipo y convivencia pacífica, como se demuestra en varios de los trabajos editados a continuación.

Muchas páginas se han escrito acerca de otros rasgos sobresalientes del Gran Norte, como los éxitos y fracasos de las distintas órdenes misioneras (franciscanos, jesuitas y dominicos), los descubrimientos mineros, verdaderos motores de la colonización norteña desde el hallazgo de ricas vetas de plata en Zacatecas (1546), y sobre las haciendas ganaderas, que, surgidas para abastecer las minas, pronto lograron convertirse en mundos autosuficientes, llegando a alcanzar algunas de ellas tamaños desmesurados. Asimismo, han sido analizadas las agresiones de otras naciones europeas, el impacto de las reformas borbónicas, la creación de la Comandancia General de las Provincias Internas —reconocimiento político de las especificidades norteñas y de la lejanía de los centros de poder tradicionales— y la participación de las autoridades en la coyuntura independentista. Todas estas temáticas, abordadas desde una perspectiva regional o local, pueden ser completadas con trabajos como los presenta-

dos en este monográfico: ensayos biográficos que permiten descubrir la diversidad y multiplicidad de relaciones que se articulaban entre los individuos, las sociedades, la multiplicidad étnica y los diversos poderes asentados en el gran territorio.

Con gran rapidez, el Norte se convirtió en una sociedad de frontera que, lejos de las tradicionales divisiones entre indios y blancos, civilizados y salvajes, bárbaros y ciudadanos, presenta influencias y transferencias mutuas. Múltiples relaciones económicas, sociales y culturales se fueron tejiendo entre naturales y foráneos, convirtiendo la frontera en un mundo de gran complejidad: en un mundo de *fronteras*. El inicio de este proceso plural y diverso, caracterizado por la violencia y la incomprensión hacia las culturas nómadas de los áridos territorios norteños es estudiado por el profesor Juan Carlos Guadalajara. Su revisión de una de las figuras míticas del siglo XVI novohispano: el capitán mestizo Miguel Caldera, le permite adentrarse en la creación de la «primera» frontera septentrional, analizando el choque entre las bandas chichimecas y las partidas hispano-indias, que llenaron de violencia el territorio hasta el cambio de estrategia de las autoridades españolas —después de 1588—, que premiaron los acuerdos de paz a cambio de regalos y otros beneficios.

El nuevo escenario se fue llenando rápidamente de reales mineros, haciendas y misiones, de una toponimia castellana que dio una imagen falsa de posesión real, pues gran parte del territorio quedó fuera del control de los españoles. Por décadas, bandas de indios recorrieron libremente los amplios horizontes, llenando de temor a colonizadores y viajeros. El indio —a pesar de la colaboración de muchos de ellos llegados del centro— fue generalmente visto con recelo, incluso el que había sido hispanizado y había dado pruebas inequívocas de lealtad al monarca. El siguiente artículo lo ilustra a las mil maravillas. Tras reunir un importante número de documentos custodiados en los archivos municipales (Saltillo y Monterrey), parroquiales (Parras, Nadadores, Monclova y San Buenaventura), estatales (Coahuila), nacionales (Archivo General de la Nación) e internacionales (Archivo General de Indias), el profesor Carlos Manuel Valdés reconstruye la vida de un indio cuechale, don Diego de Valdés, antes conocido como Dieguillo, al que podemos calificar como «indio amigo». Sabía leer y escribir gracias a su educación en una de las misiones franciscanas del río Nadadores, y durante gran parte de su vida colaboró con las autoridades hispanas civiles y eclesiásticas, hasta el punto de que el virrey le envió, en nombre del monarca, una vara de mando y el nombramiento de Protector de Indios.

Sin embargo, en 1718 fue condenado a la horca imputado de haber saqueado e incendiado una misión. La acusación se apoyó en los testimonios juramentados de diversos habitantes de la villa de San Francisco de Coahuila que,

a la postre, resultaron falsos. La inocencia de don Diego se demostró de forma casual cuando, a setecientos kilómetros, se apresó a indios *chizos* con diversos objetos pertenecientes a la misión supuestamente saqueada por nuestro personaje. El artículo del doctor Valdés revela, más allá de un suceso concreto, la *facilidad* con la que la sociedad hispano-criolla construía, gracias al *miedo al otro*, un enemigo despiadado. Pero en algunos casos, como el que nos ocupa ahora, el miedo y el temor hacia el indio sirvió para que éstos fueran acusados y expulsados de algunos lugares apetecidos por los colonizadores.

Un proceso parecido lo encontramos en el artículo que la profesora Sara Ortelli le dedica al abigeo Roque Zubiato, donde reconstruye, a través de un amplio abanico de fuentes, entre las que destacan varias causas criminales y los registros parroquiales, la vida de Jacinto Roque Manuel Zubiato Sáenz, que transcurrió en un rancho cercano a San José del Parral, entre 1750 y 1836. El derrotero del abigeo es una ventana que permite observar el modo de vida de pequeños rancheros y trabajadores del campo; hombres que, además de la dedicación a las tareas rurales, realizaron actividades consideradas ilícitas por las autoridades coloniales, relacionadas con el robo de animales, en connivencia con algunos poderosos locales, de quienes eran, además, hombres de confianza. Esta mirada, que enfoca la trayectoria de un hombre que vivió entre la colonia y los primeros años del periodo independiente y analiza el contexto local, cuestiona el paradigma del bandolerismo en las sociedades hispanoamericanas. A partir de la vida de Roque Zubiato se desentraña una parte de las tramas complejas y abigarradas que caracterizaron a la sociedad de la Nueva Vizcaya, y se discuten algunas premisas fuertemente arraigadas en la historiografía del Septentrión.

No hay duda de que el Norte fue un espacio de violencia, de gran violencia en algunos momentos, pero también de múltiples relaciones e influencias culturales. El estudio de la documentación de archivos locales y regionales, mucha de ella puesta a disposición del investigador en fechas recientes, está contribuyendo, de manera decisiva, a comprobar lo imbricadas que estaban ambas sociedades: la india y la hispano-criolla. Estas relaciones están presentes en las vidas de cuatro peninsulares que se hicieron a la mar y se aventuraron en las áridas regiones norteñas para hacer fortuna. Los cuatro lograron el éxito económico y el encumbramiento social, aunque sus caminos presentan características diferentes.

El primero de ellos, Valerio Cortés del Rey, estudiado por la investigadora francesa Chantal Cramaussel, pertenecía a la pequeña nobleza de la ciudad de Zaragoza. Arribó al Nuevo Mundo en 1621 y ascendió con celeridad todos los peldaños de la sociedad. Después de trabajar de barretero y guardaminas en San Luis Potosí, obtuvo el cargo de ensayador de las minas de Parral y, en este



«Dibujo que representa a un soldado de cuera de la frontera septentrional. Joaquín Antonio Barafas, *Origen y Costumbres...*, 1763».

último real, que era el más próspero de la Nueva Vizcaya, se casó con la hija de un prominente mercader de plata. En la década de los sesenta fue compadre del gobernador de turno, síndico del convento de San Francisco, diezmero de la provincia y beneficiado del abasto de carne. Además, prestaba dinero y poco a poco se fue quedando con las haciendas de los mineros y labradores endeudados. Sus numerosas propiedades, situadas en la frontera norte de la provincia de Santa Bárbara, pobladas con un gran número de sirvientes, lo convirtieron en el hombre más poderoso y rico de la región. Acumuló bienes, cargos y honores tanto en lo civil como en lo militar y eclesiástico. En la cúspide del éxito solicitó conformar un mayorazgo (1670), que le fue otorgado por el rey, el cual estuvo en manos de sus descendientes hasta el siglo XIX, aunque nunca obtuvo de la Corona todos los privilegios a los que aspiraba.

La biografía de Valerio Cortés del Rey es una muestra de la gran movilidad social al alcance de los peninsulares que se aventuraban a hacer fortuna en la gobernación de la Nueva Vizcaya, pero también del funcionamiento de las relaciones personales tanto entre pares como entre subordinados. Cortés del Rey logró extender su influencia más allá de sus criados e indios de encomienda gracias al apoyo que ofrecía a perseguidos y maleantes, y a los lazos que logró tejer con los diversos pueblos indios que vivían en los territorios vecinos a sus inmensas propiedades. Efectivamente, buena parte del éxito de Valerio lo encontramos en ese complejo haz de relaciones inter-raciales que supo construir en la lejana frontera.

Un caso similar es el del gobernador de la Nueva Vizcaya Manuel San Juan de Santa Cruz, que analiza el historiador Salvador Álvarez. Nacido en las Encartaciones de Vizcaya, hizo fortuna en Filipinas antes de internarse en el Camino Real rumbo a su gobernatura neovizcaína, donde su patrimonio se vio incrementado gracias a actividades ilícitas, como el comercio o la minería, que estaban vedadas para un gobernador. Sin embargo, Manuel San Juan fue un activo promotor de la sociedad fronteriza, reuniendo y fundando pueblos de indios, villas de españoles y defendiendo los límites hispanos en momentos de gran actividad bélica por parte de los pueblos indígenas, quienes veían reducidos sus espacios geográficos a causa de la acelerada expansión de los colonos. Manuel de San Juan fundó uno de los latifundios más importantes del Norte: Encinillas, gran complejo territorial que no sólo tenía una función económica y de prestigio, sino que servía también como bastión defensivo en el peligroso Septentrión.

La importancia de la convivencia y de la complementariedad de intereses entre indios e hispanos queda de manifiesto en el estudio dedicado por el profesor e investigador De la Torre Curiel a Juan de Gándara. Este granadino, llegado al Noroeste Novohispano a finales de la centuria ilustrada, aprovechó su

nombramiento como juez protector de indios —figura creada a principios del siglo XVI para evitar los abusos y arbitrariedades en contra de los naturales— para fundar una alianza con los pueblos ópatas, que se prolongó más allá del periodo colonial. Los indios adoptaron abiertamente el protectorado del andaluz desde 1805 como una estrategia defensiva frente a los ataques a su vida corporativa, convirtiéndose, en el siglo XIX, en parte de la clientela política de extracción indígena que sostuvo la carrera política de varios miembros de la familia Gándara. Pero volviendo a la biografía del fundador de la dinastía, el profesor De la Torre nos ilustra —a través de las ambiciones de Gándara— acerca de los problemas que se vivieron en Sonora durante la aplicación de la Constitución de 1812, los avatares de las primeras elecciones y las dudas y conflictos entre las autoridades del lejano territorio norteño.

El cuarto peninsular que se instaló en esas tierras del Norte, llamado Gabriel Fernández de Lima, alias Rufino Barragán, compartió con sus tres predecesores el éxito en los negocios, si bien su trayectoria vital presenta dos interesantes novedades. La primera es el amplio abanico de actividades, empleos y trabajos que desempeñó hasta convertirse en el hombre más rico de la región: la zona de Rioverde, en San Luis Potosí. Barragán comenzó fabricando aguardientes falsos, después formó parte de una cuadrilla de ladrones de caminos, se hizo arriero y más tarde comerciante, prosperando de forma rápida —lo que llamó la atención de sus contemporáneos— hasta acumular dinero, bienes y casas por un valor de más de cien mil pesos. En segundo lugar, nuestro personaje encontró en la frontera un espacio de libertad y refugio para sus ideas heterodoxas, que le costaron el procesamiento por el Santo Oficio en 1761, si bien murió antes de ser arrestado el 30 de diciembre de ese mismo año.

El artículo, firmado por José Alfredo Rangel Silva, también se ocupa de la descendencia de Barragán —concretamente de su hijo Felipe y de su nieto José Florencio—, subrayando la continuidad de los éxitos económicos y, paralelamente, la persistencia de ideas y comportamientos poco ortodoxos, lo que levantó sospechas entre las autoridades religiosas y civiles, incluyendo una carta recriminatoria del virrey Pedro de Garibay a José Florencio. En conclusión, el estudio de esta saga familiar permite constatar la extensión de unos mismos comportamientos a lo largo de una centuria, así como las debilidades del gobierno en estas lejanas áreas, convertidas en zonas de refugio para hombres inconformistas. A pesar de ello, en vísperas de la Independencia, los Barragán seguían manteniendo una posición encumbrada en la sociedad de Rioverde, reuniendo tanto el poder político, como el militar y el económico, en una de las regiones estratégicas más desconocidas del Norte. Como cénit de su carrera, José Florencio fue elegido diputado a las Cortes de Cádiz de 1812, aunque murió antes de embarcarse en el puerto de Veracruz. Nos encontramos,

pues, ante unas vidas extraordinarias (del abuelo forajido al nieto diputado electo), que muestran el gran dinamismo de una sociedad de frontera.

En general, este monográfico es una colección de biografías concretas, pero, al leerlas, nos encontramos con otros personajes de gran interés —como si de muñecas rusas se tratara—, algunas de las cuales se pueden rastrear en los archivos (como el exjesuita Francisco de los Ríos, educador de los hijos de Valerio Cortés, al que se le encomendó la evangelización de los indios más allá del río San Pedro), mientras otras se pierden en el silencio de los archivos. Como ya señalé, las dificultades en acumular suficientes datos sobre personas que vivieron en el Norte complica el estudio de otros importantes personajes y, en particular, de las mujeres que residieron en el Gran Norte, de los niños y de los indios colaboradores de los españoles, como los tlaxcaltecas, que se trasladaron al Septentrión para apoyar la colonización hispana.

El trabajo que cierra este volumen ha sido realizado con una perspectiva distinta. He buscado indagar en un periodo concreto de la vida de un reconocido científico criollo que residió durante dos años en la lejana California para destacar las ambigüedades del reformismo borbónico y la explotación de los recursos tanto materiales como simbólicos. Basado en el análisis de documentos reunidos en América y España, he estudiado las actividades políticas, mineras y astronómicas de Joaquín Velázquez de León en el pequeño departamento minero de Santa Ana —situado en el centro de la parte sur de la península californiana—, desvelando aspectos desconocidos de la personalidad del científico y remarcando, a la vez, la distancia que separaba las intenciones y deseos de los funcionarios ilustrados y la realidad que encontraron en buena parte del Septentrión Novohispano. El diálogo entre los sueños y las condiciones materiales que Velázquez y sus acompañantes (José de Gálvez entre ellos) hallaron en la península bajacaliforniana, sirven para revelar fenómenos más generales, como la vigencia de mitos antiguos que hacían del Norte una inmensa mina de oro y plata, la creencia ilustrada de que bastaría la redacción de buenos y adecuados reglamentos para que todo funcionara como un reloj y la fe en la ciencia y en la técnica como vehículos de progreso de la sociedad en todos los territorios de la monarquía, incluso los fronterizos. Como ocurrió en otras partes de América, la frontera sirvió más a Velázquez de León que Velázquez de León a la frontera, pues sus experimentos, que después aplicó en otras minas del centro de México con mejores vetas, sólo sirvieron para destruir la precaria minería local. Un buen ejemplo para hacernos reflexionar sobre la complejidad de la vida fronteriza y la necesidad de fomentar las biografías y los estudios microhistóricos con el fin de desmentir o de matizar viejas ideas instaladas en el pasado del Gran Norte.

En resumen, los ocho trabajos que forman este monográfico ilustran las dificultades, las esperanzas y, en algunas ocasiones, la fortuna de vivir y morir en la frontera norteña de la Nueva España. Es una historia de hombres enfrentados a grandes espacios abiertos, en constante transformación, llenos de privaciones pero también de esperanzas, que nos interrogan sobre la capacidad humana para sobreponerse a sus defectos y, en último término, sobre la dignidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Bernabéu Albert, Salvador, «Pesquisas inquisitoriales en la frontera californiana: el caso del bigamo José Antonio Cortés (1786-1793)», *Revista de Indias*, LIV, 201 (Madrid, 1994): 465-477.
- Clifton, James A., *Being and Becoming Indian. Biographical Studies of North American Frontiers*, Chicago, The Dorsey Press, 1989.
- Deeds, Susan M., «Brujería, género e Inquisición en Nueva Vizcaya», *Desacatos. Revista de Antropología Social*, 10 (México DF, 2003): 30-47.
- Dosse, François, *La apuesta biográfica. Escribir una vida*, València, Universitat de València, 2007.
- García Cárcel, Ricardo, «¿Son creíbles las fuentes inquisitoriales?», Carlos Alberto González y Enriqueta Vila Vilar (eds.), *Grafías del imaginario. Representaciones culturales en España y América (siglos XVI-XVIII)*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 2003, 96-110.
- León García, María del Carmen, «Fronteras: espacio abierto. Conversación con Ruggiero Romano», *Noesis*, 9-10 (Ciudad Juárez, julio 1992/junio 1993): 199-206.
- Mandrini, Raúl J. (ed.), *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del Sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*, Buenos Aires, Taurus, 2006.
- Mirafuentes Galván, José Luis, «El “enemigo de las casas de adobe”. Luis de Sáric y la rebelión de los pimas altos en 1751», Felipe Castro *et al.*, *Organización y liderazgo en los movimientos populares novohispanos*, México DF, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992: 147-175.
- Power, Eileen, *Gente medieval*, Barcelona, Ariel, 1987.

Fecha de recepción: 18-11-2009

Fecha de aceptación: 19-11-2009